

El silencio volvió y yo no pude evitar mirar por el espejo retrovisor. No tenía que haberlo hecho. Me arriesgaba al hacerlo. Me podía ganar un castigo terrible o, algo peor, una maldición. Una maldición eterna por haber mirado y por saber cómo es la cara del mal. Pero lo hice. Miré. El jefe y la mujer se besaban en la oscuridad. Y ella me miró, entonces. La mujer me miró mientras abrazaba al jefe. Sus ojos verdes brillaban como los de un gato. Eran dos llamas verdes en el retrovisor. Y el jefe abrazaba un cuerpo, una carne, unos labios. Y yo abrazaba unos ojos, una mirada, un ensueño. Un ensueño verde como unos juncos ondulantes, como el musgo nacido en la sombra, como dos gemas de jade. Un ensueño frío como un delirio de absenta. Y supe, entonces, que ya era esclavo de esos ojos verdes, que ya era suyo.